

so a la información pública en la activación de los mecanismos de rendición de cuentas.

¿*Qué es la rendición de cuentas?* es un acierto de Schedler que ha hecho suyo el IFAL.

Es un texto sumamente importante y, por tanto, recomendable para todos aquellos interesados en el tema. Pero aún más: me atrevo a afirmar que, en este nuevo tiempo mexicano, es merecedor de formar parte de un paquete básico de lecturas formativas de todo estudiante de licenciaturas propias de las ciencias sociales.

JOSÉ RAMÓN LÓPEZ RUBÍ CALDERÓN

Francie R. Chassen-López, *From Liberal to Revolutionary Oaxaca. The View from the South, Mexico 1867-1911*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, 2004, 608 pp.

La segunda parte del título de este libro explica por sí sola su contenido: un punto de vista desde el Sur. Ésta es una mirada en la que, además de la obvia referencia geográfica, el Sur es también el punto de vista de los grupos subordinados que han permanecido marginales para las perspectivas históricas dominantes en el contexto de la historia mexicana. El Sur es una metáfora geográfica utilizada para representar a los pobres, a las mujeres, a los indígenas, a una de las regiones con mayores problemas de rezago económico. Es ésta una perspectiva de los sectores marginados, explotados y subordinados, pero al mismo tiempo es una historia de la riqueza cultural de los habitantes de esta zona. En un voluminoso texto de 608 páginas, Francie R. Chassen-López expone los resultados de más de diez años de investigación en distintos archivos históricos.

En la elaboración de la historia social de México, un papel crítico ha sido el representado por el desarrollo de una tendencia historiográfica contraria al supuesto generalizado, dominante, sobre el lugar de los grupos subordinados en el proceso histórico. La tendencia persistente, compartida por los historiadores, ha sido ver a los grupos subordinados –mujeres, indígenas, trabajadores– como sujetos pasivos, como víctimas pasivas de las circunstancias que los rodean. Así, las acciones colectivas de estos sectores se explican, con frecuencia, como reacciones directas, inconscientes, a presiones económicas. El desafío a semejante concepción de los grupos subordinados ha ayudado a constituir un punto de partida importante dentro de las historias desde abajo. Esta forma de emprender y hacer la historia se re-

laciona, además, con otro punto de partida significativo, una perspectiva que se ha ocupado también de la cultura de los grupos subordinados, una propuesta que expresa una lógica y una racionalidad claras, que se definen en términos del universo conceptual y la vigencia de las vivencias de estos grupos y comunidades.

Para explicar esta situación la autora recurre a las metáforas y anécdotas que señalan la manera en que la población indígena de Oaxaca reaccionó a los procesos de modernización emprendidos por las élites liberales. De diferentes formas, con espíritu analítico y énfasis en la diversidad de las acciones sociales, consigue dar cabal cuenta de la complejidad, ayudada por propuestas analíticas provenientes de la teoría crítica, entendida como una práctica académica comprometida analítica y políticamente, y varias perspectivas donde se hace un examen concienzudo de la manera como se fueron imponiendo o rechazando visiones occidentales en el Sur.

Estos dos temas se compenetran mediante la narración y análisis de eventos específicos. Por la manera en que aborda su tema es justo decir que la autora de este libro ha recibido la influencia de quienes antes habían escrito historias desde abajo, donde se encuentran claramente expresadas las distintas manifestaciones que desde la antropología se han hecho con respecto al Otro. Vemos aquí aproximaciones que cuestionan las representaciones y estrategias del Estado-nación mexicano. Lo que está en juego aquí son las formas de entender que reconocen que las complejas cartografías del pasado se definieron por miles de senderos novedosos de acción cultural y transitados caminos multiformes de prácticas históricas.

Armada de este instrumental analítico, Chassen-López nos ofrece una perspectiva desde el Sur, desde abajo, desde las mujeres, desde los indígenas, desde los historiadores locales, de lo que sucedió en Oaxaca durante los años de los gobiernos liberales liderados por dos connotados oaxaqueños: Benito Juárez y Porfirio Díaz. Cuatro décadas de continuidad y cambio en la historia de Oaxaca, desde el triunfo del liberalismo en 1867 hasta los primeros días de la Revolución en junio de 1911.

La tarea de la modernización, donde modernidad significaba el declive de las órdenes tradicionales basadas en rígidas jerarquías que se sostenían en la autoridad religiosa, y la constricción de un Estado capitalista racional secular imbuido en la dinámica de las clases sociales en busca del progreso material arropado por las ideas del liberalismo. El liberalismo era una ideología y una política pública, pero también comprendía una filosofía de republicanismo democrático, y de los derechos civiles individuales. Los presidentes que guiaron este proyecto, Benito Juárez y Porfirio Díaz, fueron oaxaqueños. A pesar de esto hay una leyenda negra sobre un Oaxaca conservador, una sociedad provinciana atrasada, resistente al cam-

bio, donde existen una élite reaccionaria y una masa campesina impermeable al progreso.

El libro de Chassen-López se estructura dando respuesta a tres interrogantes: ¿los presidentes Juárez y Díaz descuidaron su propio estado en la ruta hacia la modernización? ¿Los indígenas de Oaxaca actuaron como un obstáculo para la deseada modernización? Y ¿habrá permanecido Oaxaca al margen de la Revolución mexicana?

Así, la autora muestra cómo la expropiación de las tierras comunales y la incorporación de los indígenas chatinos en la economía de plantación no fue un proceso pacífico; los indígenas reaccionaron organizando varias rebeliones. La rebelión chatina más memorable fue aquella conocida como “la guerra de los pantalones”, ya que identificaba a sus enemigos como aquellos que vestían pantalones, en oposición a los calzones de manta usados por los chatinos.

Para los liberales del siglo XIX, la modernización significaba la reindianización, la asimilación de la población indígena a la identidad nacional. Una decostrucción de los términos modernización y tradición, de los usos y costumbres, que la autora realiza a lo largo de esta interesante descripción y análisis de la historia oaxaqueña, en donde la lucha entre los dos grupos, los indígenas y los “de razón”, tiene lugar. Las ideas que orientan este trabajo, primero, son de carácter histórico y, luego, de una perspectiva teórica influida por textos de corte posmoderno, análisis de los discursos y narrativas que lo hacen una excelente guía para entender las relaciones de poder en esta región de México.

A lo largo del texto Chassen-López fortalece su argumento sobre la manera en que los indígenas se relacionan con las élites sociales y económicas, esto es, mediante una constante negociación y contestación. Trata de impugnar la idea de la historia oficial que defiende una perspectiva con una narrativa lineal de la historia mexicana que legitima el régimen liberal. Ésta es la situación de un estado del país que le permite a la autora un examen detallado no sólo de los cambios que tienen lugar sino también de sus límites y constreñimientos, de ahí el subtítulo del texto, una visión desde el Sur, que le ayuda a construir un espejo de la dialéctica del cambio y la continuidad del país en su conjunto.

Chassen-López retrata una realidad en la que Oaxaca era mayoritariamente indígena: tres cuartos de su población. En 1878, por ejemplo, 77% de la población era indígena, 18% mestiza, 3% negra y 2% blanca. Campesino e indígena eran en ese caso categorías que se traslapaban, pero el texto de Chassen-López se informa y conforma por distintas propuestas teóricas, de tal manera que incorpora una perspectiva integral en la que la raza, la clase, la etnicidad y el género son categorías que atraviesan su análisis.

Este texto se informa de las dos corrientes historiográficas que se constituyeron después de la Revolución de 1910, y también las deconstruye. Por un lado estaban aquellos que defendían a Don Porfirio Díaz, y por el otro aquellos que representaban el ala constitucionalista de la Revolución y demonizaban el porfiriato, retratando la Revolución como la salvadora del país. Así, con esta perspectiva, interroga a los interrogadores.

Dos de los capítulos de este libro están destinados a discutir y analizar lo que en Oaxaca hoy en día es un tema que se debate cotidianamente: los usos y costumbres. En 1995 entró en vigor una ley que reconoce las normas consuetudinarias de las comunidades oaxaqueñas para que, de acuerdo con ellas, elijan a sus autoridades locales; tales prácticas son hoy comúnmente conocidas y han adquirido una gran relevancia para discutir lo que sucede en el ámbito local en las distintas regiones de Oaxaca. Precisamente, la autora considera que esta unidad de análisis es una buena herramienta para pensar, pues a partir de ella se puede organizar tres variables de las ciencias humanas: el cambio sociocultural, el tiempo y el espacio.

Como en otras partes de América Latina, en México los liberales fueron quienes escribieron la historia de los pueblos indígenas; una historia que los describe como un obstáculo para la modernidad, una visión que contrasta con varias de las que abundan hoy en día en donde románticamente se idealiza a la comunidad indígena. El análisis de Chassen-López muestra que ninguna de estas posiciones es veraz y que en realidad los campesinos e indígenas utilizaron distintas estrategias que distan de una visión romántica de la resistencia. El libro ilustra cómo los indígenas negociaron la modernidad y participaron en el proceso de formación del Estado mexicano moderno. En este proceso se confrontaron dos visiones del mundo; una, la de aquellos que junto con Porfirio Díaz creían que la modernización significaba la expansión de la infraestructura, donde los elementos tradicionales de las comunidades indígenas tenían que ser eliminados y la educación debía desempeñar un papel en la transformación de estos indígenas en ciudadanos mexicanos aculturados.

La otra visión era la de las propias comunidades. La comunidad, una unidad política territorial, es la organización básica de la gente indígena, vinculada con los usos y costumbres y que da sentido a una identificación colectiva. Por ello aparecía como una adversaria natural de los defensores del liberalismo. Los liberales condenaron el comunismo y los usos y costumbres, ya que los consideraban obstáculos para la modernidad. En 1861, enfrentado a la tarea de privatizar las tierras comunales, el gobernador Ramón Cagiga protestaba contra el comportamiento "egoísta" de los indígenas, quienes, protegiendo sus costumbres ancestrales, se oponían a la innovación y a las reformas. En 1909, el juez Esteban Castellanos, repre-

sentante de la élite de los "científicos" y propietario de una gran hacienda, insistía en que el espíritu del individualismo y el amor por la propiedad privada tenía que incentivar entre los indígenas. Dice Chassen-López que para muchos autores Oaxaca todavía es considerado un ejemplo de una economía atrasada, debido a la negligencia del porfirismo. Su estudio, por el contrario, muestra cómo la tenencia de la tierra refleja una notable diversidad, que es el resultado de la expansión de las relaciones capitalistas. Los comuneros de Oaxaca fueron bastante exitosos en su batalla por retener y reclamar sus propiedades comunales, y se mostraron muy versátiles en la invención de medidas para conseguir tal objetivo. A pesar de esta resistencia, millones de hectáreas fueron transformadas en propiedades privadas, en las que se produjo café, caña de azúcar, tabaco, índigo, algodón y cítricos destinados al mercado nacional e internacional. Este proceso tuvo lugar especialmente en zonas consideradas periféricas como la Cuenca del Papaloapan, la Costa, la Cañada y el Istmo. Chassen-López reconstruye el proceso: mediante el colonialismo español, el sistema de tenencia prehispánico, los lazos de parentesco en los que se había basado el calpulli mesoamericano se transformaron para dar origen a los nuevos pueblos y generar nuevos vínculos; los hijos del pueblo tendían a ignorar los lazos de parentesco, pero mantenían la unidad en torno al lugar de residencia. En Oaxaca este proceso empezó temprano, antes de la Ley Lerdo; cuando Benito Juárez fue gobernador de Oaxaca, en 1849 y 1851 expidió decretos que facilitaron la privatización de las tierras comunales.

Los dos prominentes liberales, Benito Juárez y Porfirio Díaz, estaban genuinamente decididos a transformar a los comuneros indígenas en propietarios privados. En varios pueblos se vieron obligados a comprar sus propias tierras y a dividir las para poder enfrentar este proceso; existen hoy en día casos de localidades o municipios indígenas, como Yalalag, Xanica o Chilchotla, que tienen propiedad privada. Otra de las cosas es que las mujeres fueron excluidas del proceso de distribución.

Para 1910, 92.3% de los pueblos de Oaxaca tenían al menos algo de tierra comunal. Aunque Oaxaca es el sexto estado en cuanto a tamaño, sólo 8.1% del total de su territorio estaba ocupado por las haciendas, un dato relevante si se compara con el caso de Morelos, donde este tipo de propiedad abarcaba 43.9% del total. En Oaxaca las haciendas fueron pequeñas; su tamaño promedio fue de 3 328.8 hectáreas, mientras que en Morelos era de 5 112.1. La gran mayoría de las haciendas de Oaxaca, 138 de 225, eran de menos de 1 000 hectáreas.

En general, Chassen-López vincula el proceso de desamortización con los proyectos de creación de infraestructura, la expansión de la economía capitalista y la manera en que respondieron las comunidades indígenas y

campesinas, ya fuera con rebeliones, mediante procesos legales o bien adaptándose a la nueva realidad, a lo que las obligaba el crecimiento de la economía de mercado, por un lado, y el proceso de construcción del Estado nacional, por el otro. Así como las propiedades como el calpulli sufrieron una transformación hasta llegar a adaptarse a la comunidad propietaria de bienes comunales, las nuevas instituciones políticas locales también se fueron modificando y adaptando, hasta negociar con las instituciones nacionales.

En este libro, la del Sur es una perspectiva teórica y política que interroga el persistente punto de vista y la atractiva visión de Occidente como historia, modernidad y destino. Pero se puede añadir que no se trata de una perspectiva privilegiada ni exclusiva. Más bien, en esto hay una constante negociación que articula perspectivas traslapadas, pero claras, de lo subalterno y los excluidos, de lo cotidiano y las historias etnográficas, de pasados alternativos e historias antropológicas. Al trabajar juntas, ocasionalmente provocándose crisis entre sí, estas perspectivas superan una historia universal y una modernidad singular. De ahí la explicación en la segunda parte del título de este libro. Los puntos de vista de la historia desde Sur pueden volverse densos y de un gran poder de explicación, sobre todo si se parte de que ésta es otra perspectiva de la historia del liberalismo mexicano.

JORGE HERNÁNDEZ-DÍAZ

Carlos A. Forment, *Democracy in Latin America 1760-1900*. Vol. 1, *Civic Selfhood and Public Life in Mexico and Peru*, Chicago, The University of Chicago Press, 2003, 454pp.

Carlos A. Forment ha escrito un libro desmesurado. Más todavía porque se presenta como un primer volumen de una obra que se ocupará no sólo de México y Perú, sino también de Argentina y Cuba. Los editores ponen lo suyo: dicen en la solapa que aspira a ser “el libro que Tocqueville habría escrito si hubiese viajado a América Latina en lugar de viajar a Estados Unidos”; adornan el volumen con una serie de comentarios en la cuarta de forros: Charles Taylor dice que el libro debe “trastornar las ideas habituales sobre América Latina y sobre los fundamentos de la democracia” y que “abre un nuevo camino, rompiendo las cadenas de generalizaciones ilícitas”. Michael Walzer dice que Forment “sabe más que nadie en el mundo sobre la vida asociativa en América Latina”: ofrece una explicación, di-